

Relato Breve

¿Dónde está Alba?



Carmen Montalbán





Carmen Montalbán - 2008

<http://www.carmenmontalban.net>

<http://carmenmontalban.blogspot.com>

cmontalban63@gmail.com

¿Dónde está Alba?

Había extraviado el dedal. Aquella mañana, antes de que un par de coches remolcaran sus viviendas ambulantes hasta diez o doce pasos de mi puerta, me había pinchado el dedo ya una vez. Cuando sentí las maniobras, volví a clavarme la aguja hasta el fondo de la yema. “Es lo que tiene la vida en *Villamiseria*”, pensé. Por lo más bajo del barrio, aunque ya habían derribado casi todas las chabolas, venían e iban a su antojo vendedores vagabundos y me dejaban a mí en la acera toda su purria de trapos y de cartones. Pues ahí llegaba un nuevo vecindario.

Mientras soplabá el pinchazo del dedo anular, acerqué los ojos a mi persiana nueva. Era un caluroso mediodía de mayo. Fui ajustando la vista al sol, que también picaba, al mismo tiempo que nueve o diez gitanillos más de los que yo hubiera calculado que cabían brotaban de una de las *roulottes* como por una vena rota y llenaban la explanada de barullo y *pilla-pilla*. Enseguida, habían creado una atmósfera insultantemente eufórica.

Sorbí con ímpetu la sangre de mi dedo y aceché un instante a la gitanería; luego, como si hubiera presenciado un suceso tremebundo, aparté la frente de las tiras de aluminio y volví el ceño hacia este lado.

Ahora, mi casa parecía en penumbra.

Desde que liaron sus bártulos los últimos traperos, en mi sala de estar se había escuchado el vuelo de las moscas; hoy, por el contrario, no se hacían notar ni los moscardones. En vez de zumbidos, se oían las carreras de los

muchachos y, en plena algarabía, una enérgica voz de mujer cantando "María de la O" con desaforadas inflexiones.

Que desgraciaíta, gitana, tú eres, teniéndolo to.

Te quieres reír,

y hasta los ojitos los tienes moraos de tanto sufrir.

Traté de seguir cosiendo a ver si así remendaba, de paso, mis nervios rotos, pero tarareaba involuntariamente, haciéndole más caso a la letra que a la blusa... *Que por su curpita dejaste al gitano que fue tu queré...* Y lo peor es que la copla me estaba amargando el día, como si le cantase a mi descosida soledad, que era la crucecita que llevaba yo auestas desde que me descasé, siempre que oyese risas y canciones.

¿Debería haber salido a rogarles silencio a la cantaora y a los churumbeles? Jamás he sido fuerte en diplomacia y, por hoy, ya había gastado mi dosis de saliva. Hacía dos o tres horas, había tenido gresca por unos patronos con el jefe de la sastrería. No hablaba tanto desde que, días atrás, ayudé a la vecina a elegir su vestido de novia y ella me acompañó a por las persianas. Y en casa era aún peor. Aquí, reinaba un silencio hospitalario, especialmente cuando venía mi madre. De ocho en ocho meses, completaba el periplo por las islas dispersas de su prole y la traían a la ciudad, conmigo. Entonces sí pegaba yo la hebra, cuchicheando entre puntadas; aunque ella muda por su enfermedad no me respondiera.

Ponerme a discutir con la Piquer de turno no parecía, por tanto, buena idea. Corrí un poco el visillo y levanté la vista para asegurarme de no sé qué cosa. Me veía a mí misma en un reflejo del cristal, pálida y cansada; haciendo dúo sin darme cuenta con María de la O... *Mi vida y mi oro daría yo ahora por ser lo que fui...* Más allá de la espina de pez que formaban las rayas rojas y blancas de mi bata, había una mujer bajo un paraguas de cuadros blancos y rojos también. Al parecer, era la cantaora. La miré entre dos tiras de aluminio, a través de las rameadas transparencias del visillo. Había sacado de su *roulotte* peroles, cazos y el *camping gas*, y se había plantado frente a sus cacharros, como si ahora lo urgente fuese la copla. No parecía que la incomodase la chiquillería de la otra familia; en cambio, yo me di a la costura con una indignación que era casi soberbia y volví a clavarme la aguja en el dedo del anillo.

Castigo de Dios dije, sin música. Y añadí : ¡Hay que ser imbécil para llevar paraguas en un día tan bueno!

No me explicaba mi rabia ni mi torpeza. Tendría que estar acostumbrada a hormigueros así. Siendo tan niña como esos gitanos, había vivido en Zaranda, en una explanada similar a ésta. Aunque allá no había rascacielos como los que tengo yo detrás ahora, la casa de mi madre estaba en el vértice de un lodazal. En él confluían los hogares ricos y los miserables, los que crecían con el pueblo y los que humildemente se le allegaban. Aquel descampado sí que estaba lleno de retumbos y de feriantes. Y de carrromatos

negros. ¿Quién podría tenerles miedo a dos vistosas caravanas después de haber conocido, por ejemplo, la vivienda ambulante de Alba Nagua?

Alba Nagua suspiré, con un falso titubeo, para hacer ese nombre familiar a mi boca, pero no me dijo casi nada.

Recordaba de Alba muy poquita cosa. Era la pequeña de los tres hijos de doña Sole una alemana desquiciada y fea y de un gitano andaluz de manos sanadoras al que llamaron Brujo, cuyo nombre no logré poner en pie. Tenía yo once años, quizás, cuando Alba entró en Zaranda con toda su familia; once años y un día. Llegó el día siguiente de mi cumpleaños, al instante de haberlo celebrado sola, con retraso, asando unas castañas en el olivar de encima de la feria. Acababa de venirme mi primer periodo. Hoy, que posiblemente había tenido el último, busqué su recuerdo mirando por el ojo de la aguja y me pareció que me la había inventado; que los lunares de su garganta y su sonrisa de dientes iguales no eran más que travesuras de algún sueño.

Alba Nagua.

Su nombre escapó de mi boca como un sonido sin traducción. No lo entendía o no quería entenderlo, por temor a que no la nombrase a ella, sino a mí, o a las cenizas mías de aquella época. Una voz interior me decía que no alzase del todo esa persiana de alivio por la que me asomé tantos años atrás, para verla venir por el camino.

Decidida a no encender la yesca del pasado, me quité a Alba Nagua de la cabeza y regresé al recuerdo del su carretón. Pues, ¿cómo olvidar el galope

tendido de sus caballos? A aquéllos no les movía un motor de gasolina; a aquéllos les movía el primario instinto de escapar del fuego que había incendiado la feria de aquel año. Quizás me hubiese olvidado de Alba, pero sí quería acordarme de esa estruendosa carreta que exhalaba desde entonces, para siempre, un qué sé yo de frío y de remoto. Entorné los ojos y ladeé la cabeza, como si la viera tambalearse entre las rendijas por las que estaba mirando ahora el resplandor de los espejos de las dos caravanas nuevas.

No había parado de espiar el carromato desde que apareció en el descampado de la feria, aquel lejano septiembre. Esa tarde, pegué los tiznes de la frente a las tablillas de mi vieja persiana enrollable y leí por primera vez la leyenda que había grabada a fuego, directamente, en el tablero de corcho sin goznes que le hacía al carromato de puerta. 'Lo compro, lo vendo y lo curo todo, menos el cáncer'. Yo había llegado corriendo de lo alto del olivar. Se me había ido la mano con las cerillas mientras asaba castañas en la ladera y temía haber causado algún estrago, pero leí la frase deprisa y mal, todavía sin aliento, y, aprensiva con la duda de si era cáncer, o qué, la sangre que me salía, cambié de miedo.

Mis manos, ralladas por el sol de otras ranuras, seguían temblando hoy, al acordarme. Quería lucir la camisa en la boda de mis vecinos del bar de atrás, pero no era capaz ni de enhebrar la aguja. Ni de hilvanar, tampoco, más recuerdos. Junto a la leyenda amenazadora de aquella puerta, apenas imaginaba las ruedas del carretón. Las vi como cuatro gigantescos círculos,

blaqueados por la escarcha y la ceniza y medio derrumbados bajo las astillas del último invierno que pasé en Zaranda. Pero la visión sólo duró un instante, hasta que un nuevo pinchazo en el dedo del anillo estalló las cuatro burbujas blancas.

En resumidas cuentas, que el escándalo gitano de la calle o el de dentro de mí misma no me dejaba dar ni una puntada derecha. Más furiosa conmigo que con nadie, eché la costura a un lado y busqué un arreglo para mi ansiedad en otras tareas. Le puse alpiste al periquito; barrí la terraza, calenté el cocido, preparé una infusión de romero y, mientras le daba sorbitos, decidí no volver a mi blusa ni a la ventana risueña hasta que no me tomase un calmante.

Busqué en la canastilla de retales; desordené estanterías; escarbé en la cómoda; desgoberné los calcetines del armario; desapolillé el ajuar; desconché las cazuelas, el paragüero, las repisas... Pero, salvo dos o tres cajas amarillentas de Biodramina, no di con píldora alguna hasta que abrí el baúl que heredé de mi padre y, en él, el último bastión de mis recuerdos mozos: *la caja del espejo*, un horizonte de volcanes y sombrillas sobre fondo negro que desalhajé también, mirándolo de lado, como con vértigo.

Entre las reliquias de ese galletero, que contuvo también las cenizas del Brujo hasta que su hija Alba las vertió en el olivar, había dos Aspirinas desmoronadas, un frasco de antiepilépticos caducos, un dedal ¡bendito fuera! , un círculo blanco de cartón pegado en la tapa y una espiral de

estraza, a modo de anillo, que desenrollé con cautela. Contenía una frase a lápiz *Ven a buscarme* y la firma infantil de Alba Nagua.

¡Alba Nagua! exclamé en voz alta luego, mientras reconstruía la alianza de papel con mis dedos lastimados, temblorosos. Habría precisado dedales en el corazón para tocarla sin correr peligro. Está visto que el azar nunca descansa hasta que nos devuelve sus fantasmas.

La vieja nota de Alba, que en tiempos hasta yo llamé telepatía, había surtido más efecto en mi memoria que el elixir de romero. Con ella en el anular, era imposible resistirse a la nostalgia. Tan pronto como me la puse, contemplé los días extraviados. Ahora sí que veía el arrabal poniente de Zaranda. Ahora sí que olía los turbios nubarrones del incendio que, un remoto septiembre, sahumó las callejuelas del oeste y alborotó la feria del caballo. Se diría que la campana estaba tocando a fuego en mi salita de estar y que era aquí donde oía los bufidos, extraños, relinchos y espantadas de las bestias; el gorgoteo de agua de las cubas y la tos de voluntarios que bullían tras del humo ondulante...

Con la nota de aquella vieja amiga en el dedo, en vez de mi persiana veneciana había una enrollable, de madera, a través de cuyos listones divisaba el carretón del padre de Alba el Brujo más claro que la *roulotte* de la cantora. Ahí venía el carromato, atravesando la cortina de humo que partía el camino. Ahí se oía aquel traqueteo de cachivaches y se aclaraban aquellos cinco rostros forasteros llenos de tizne y asombro, ante el infierno, también asombrado, que los veía materializarse.

Ahora sí me acordaba del Brujo. Tenía tan presente el refrito de cebolla de las galletas que le horneé y que él dio por milagrosas, que se me saltaban lágrimas. Era como si el "*Ven a buscarme*" de su hija Alba hubiese alegrado la lumbre, ahogada desde que hundí en el baúl su galletero. Encendida yo misma, me senté en el sillón de enea reservado a mi madre, abrí la caja del espejo sobre mis piernas, y cerré los ojos.

Para ver el rostro de Alba, no necesitaba mirar fijamente el redondel de cartulina blanca que palpitaba sobre el lecho negro de la tapadera. No necesitaba mirarlo en absoluto. La aureola de mi memoria dibujaba por sí misma su dulcísimo perfil, como si lo acariciase. Cuando abrí los ojos, la luz de su sonrisa pasó de mi cabeza a mi salita. Sus dientes nunca me habían parecido tan brillantes en el rincón de la escuela. Su silencio era, aquí, más plomizo que el que acobardó a los muchachos del pueblo. Los veía en el patio, apartándose de Alba y la veía a ella, después, en la biblioteca, cuchicheándome historias del Brujo, y de círculos blancos como el que acababa de encontrarme ahora en la caja del espejo, y de la sangre de las niñas, y de que no era cáncer, sino menstruación, lo que yo tenía, y de otros asuntos vitales...

Yo, que también recorría el patio sola, la había mirado hasta entonces con lástima y con recelo. Los chicos le temían a mi epilepsia; solamente que, en mi caso, el miedo se había convertido en prestigio. Al fin y al cabo, yo repartía más pescozones que nadie, me enredaba en más peleas, salía por

los boquetes de la tapia, y me ponía en la lengua ranas de zarzal para echarlas por la boca cuando me preguntase la maestra.

La situación de Alba no debía de resultar tan halagüeña. Su padre, cingaro; su madre, loca, y ella una mestiza de piel casi albina y modales sedosos, de confesionario, que andaba más sola que una penitencia; al menos, al principio. Las patas de conejo de su carromato ahuyentaban a los zarandeños. Me ahuyentaban incluso a mí, aunque no lo admitiera.

Alba vivía a muchos pasos de mi casa, pero yo sólo salía a tirar las cáscaras de naranja y los restos de la comida cuando ella no estaba fuera. Era la muchacha más arrinconada de todo el colegio. Fue muy poco tiempo compañera mía, compañera de alguien: a todos nos iba pasando de grado. Cuando recitaba la tabla del ciento once, la del seiscientos nueve o la del dos mil cien con el mismo tonillo meliflúo de mártir boba con que hubiéramos nosotros recitado la del dos, incluso el inspector se santiguaba. En aquellos tiempos, una guasona como yo no necesitaba tantas excusas para echar leña al fuego de los infundios; sin embargo, tras hacer circular durante unas semanas la fábula de que fue Alba quien incendió la feria, hice amistad con ella.

Aunque ya la había espiado muchas veces por la voraz rendija de mi persiana, todo empezó la noche que dibujé mi círculo y lo pegué a la caja del espejo. Aquel día, como todos los de calor, había pasado horas calcando ramos para bordados, bajo la bóveda fresca de la biblioteca. A la tarde, aburrida ya de lirios y azucenas, aparté a un lado el papel de cebolla y

busqué en la enciclopedia algún tomo de animales. Los monos me recordaban a doña Sole. De un tiempo a aquella parte, vagaba sola por las calles de Zaranda, hablando en alemán. Y allí estaba yo sola también, riéndome del mico, cuando el taconeo de Alba me cortó la risa.

Entró en la nave; eligió el libro más siniestro; acercó su silla a mi silla, y echó un vistazo a mi enciclopedia. Ella no debió de encontrarle al mico ninguna semejanza con su madre, pues hizo un chiste sobre carnavales, abrió su tomo de piel y, ajena ya a la fauna, leyó, bisbiseando:

Coloque un círculo blanco del tamaño de un yoyó sobre un tapete negro.

Lo dijo con tal entusiasmo que, para no gritar un '¡viva!', le tuve que poner la misma mueca absurda a la que me obligaba cada tarde, al cruzar junto a su carromato. Sus ojos inflamados daban vértigo; mirarlos era como asomarse a un terraplén. Arrastrada por ellos, seguí escuchando.

Mire fijamente su círculo blanco (de tela, de papel o cartulina), concentrándose en la persona con quien desea comunicarse. Desplace su rostro al redondel; pronuncie su nombre y pídale lo que quiera: que le obedezca o no depende sólo de los poderes que tenga usted.

Cuando cerró el libro, me recliné en la silla y di un suspiro. Aún confundía un marginado con un subnormal, de modo que su lectura me había dejado estupefacta. Alba Nagua leía mejor, si cabe, las letras que los números.

¿Quieres decir que funciona? le pregunté, sobrecogida, pero tratando, todavía, de parecer guasona.

Creo que la fe con la que Alba me dijo que sí fue lo primero que yo admire en la vida; eso, y el ardor con el que había leído su receta mágica, pues auguraba aún mayores prodigios que la receta en sí. Aquello era mística, o algo parecido. En todo el pueblo, yo no había conocido a casi nadie que hablara con pasión de casi nada. De yeguas y caballos, puede ser, pero no de círculos. Fue la exaltación de Alba lo que me impidió bromear con la telepatía del redondel de cartulina; no creía en tales bromas. Así, puesto que me tenía por mordaz a mí misma, gasté el ingenio en otras curvas: en el aro de su pendiente, en el lunar de su boca, en su gargantilla, en su tobillera, en su brazalete... De todo me burlé. Me deshice en tales bromas, que el calmoso bibliotecario me echó de la sala. Dejé el mico sobre la mesa y salí, entre excusas y chanzas, con todos mis lirios y mis azucenas; pero, antes del adiós definitivo, agité el papel de cebolla como una crepitante bandera blanca y accedí a los deseos de mi amiga nueva.

Está bien asentí, lo estaba deseando ; esta noche probamos tu telepatía. A ver si funciona. Mira tu círculo blanco y concéntrate en mí. Pídeme algo que no haya hecho nunca y, mañana, si te obedezco, enséñame la orden por escrito. O no me pidas nunca que te crea.

Aunque no era lo acordado, también yo recorté aquella noche mi círculo blanco. No tenía ningún yoyó con que medirlo, de modo que tracé, con un cuidado inconcebible, los rebordes de cera del velón que alumbraba mi secreto y adoré mi rodaja de papel sobre el fondo negro de la caja del espejo. La noche entera se me fue bizqueando, al acecho del perfil desvaído

e inquieto de Alba Nagua, del aro de su pendiente, del lunar de su boca, de su gargantilla y de su brazalete.

Pídeme que vaya a buscarte a tu carromato por la mañana dije, cada vez más solemne, más encandilada, más exhausta.

Antes de que amaneciese, apenas dos horas de sueño después, había contado ya los pasos a las abrumadoras dimensiones de la explanada de la feria... Atendiendo a mi propio dictado, ascendí por la empinada costanilla y, dócil a mí misma, me acerqué al portalón del carromato. Mi madre me había prohibido dar un paso más allá. Así pues, me lo pensé un instante, empujé la puerta, vencí el peso de la palabra cáncer, escrita a fuego, y pregunté desde fuera lo que, luego, mientras viví en Zaranda, no dejé de preguntar ni un solo día, durante años:

¿Dónde está Alba?

Mi voz tembló entre barriles de agua bendita, terrones del cementerio, ojos de cristal, vísceras de murciélago y patas de gallina y de conejo; hasta que, por fin, unos pasos crujientes y un frufnú de almidón acallaron el eco. Era Alba. Traía la mano cerrada y en un pulgar entonces tan pequeño como mi meñique ahora un anillo de papel, una firma y un deseo que era una orden: *Ven a buscarme. Alba Nagua.*

En toda nuestra adolescencia no hubo otro mensaje sólo ése que probase poderes telepáticos. Alba Nagua me pedía que la buscase y yo, que le había pedido que me lo pidiese, corría a por ella. Era la sierva sumisa que domina la mente de su ama. Sin embargo, creía en ese juego. Jamás le

otorgué a la rutina la potestad de mi búsqueda diaria, ni siquiera en los días en que trabajé para el Brujo, cociéndole galletas de cebolla y llevándolas al carretón en la caja del espejo.

¿Dónde está Alba? gritaba, lloviera o no, una mañana y otra, sin cruzar la puerta.

Temblorosas, con hondura, las paredes negras de su carromato coreaban mi valentía fingida con un eco más ronco que mi oculto temor. *Alba. Alba. Alba.* Yo oía las resonancias de su nombre con la barbilla apoyada en un portón que todo lo transformaba en negro; un negro armonioso e inquietante que no desafié del todo ni después de muchos juegos con mi amiga nueva.

¿Dónde está? gritaba. Y, por fin, cuando menguaba el eco, Alba salía con su "¡Ya voy! ¡Ya voy!" y su anillo de estraza.

Crecimos volando, pero a ras de suelo, como dice la canción. Juntas, a poder ser. Cada vez que Alba se iba, mi madre se quejaba con la boca pequeña de que comiera en casa. Sólo nos separábamos de noche y entre siesta, cuando yo bordaba y ella leía libracos de seiscientas hojas. El resto del día, planeábamos, perdidas por ahí. Charlábamos debajo de las cigüeñas; en alguna calleja o rastrojera. Yo iba a llamarla todas las mañanas para que ella me enseñara algunas cosas, paseando entre las ortigas. A veces no la entendía bien; pero, lo que se dice bien, no entendía nada. Con ella aprendí, por ejemplo, que yo, aunque ya tuviera la regla, no era todavía una mujer, mujer, y la prueba es que no tenía vello.

Me acuerdo de aquel día como ahora mismo. El arroz que mi madre nos había encargado se nos vertió en el solar de la estación. Las amapolas estaban quietas y los relojes de las espigas, esos que giran y se retuercen cuando se secan, se habían parado. La sombra de una cigüeña planeaba sobre la hierba. Tras intentar recoger algunos granos, nos tumbamos una al lado de la otra, sobre el arroz desperdigado. Entonces, me lo dijo:

¿No tienes vello en el pubis todavía?

Se bajó la cinturilla de la falda, para que yo entendiera de qué estaba hablando; luego, metió un palo en un hormiguero y cuajado ya de hormigas lo dejó sobre mi carne algodonosa. Las hormigas huyeron en todas direcciones, dibujando remolinos negros, y se fueron de mis ingles al trigo silvestre que había entre mis piernas, para llevarse los granos de arroz.

Aquella tarde, mi frialdad chocó con el verano y Alba con otra Alba aún más bonita, más de mi persona. Otra vez, recuperé mi fuerza, pero ahora era un poder en carne viva, una tibieza rosa para esa bruja del hormiguero de la que ya no volví a separarme hasta que, junto al pozo de cal de la explanada, apareció el muchacho que hoy es mi ex marido.

Él soñaba con irse; yo, con acompañarlo. Al principio, no se lo dije a Alba así de claro, como tampoco hablé claro conmigo misma. Durante semanas, me fui convenciendo de que no me vendría mal ganarles distancia a las amapolas y al trigo bastardo. Alba Nagua me persuadí se alegraría de que dejara de asustarla amagando empujones al charco de cal. Y, ya, aunque seguí yendo

cada día a quitarle del dedo pulgar el anillo de papel de estraza, aprendí a pasar sin ella algunas horas, las mismas que pasé con el calero.

Hacía varios años ya que me había salido vello el día que fui con Alba a arrojar las cenizas de su padre a las ruinas del carromato. Las hormigas que el calero me ponía en el vientre habían abierto entre ella y yo una brecha invisible, pero muy honda. Alba, que nada sabía de mi novio secreto, abrazó la caja del espejo y me pidió que subiera al olivar con ella. Muerto el Brujo, había heredado su apodo y quería heredar, también, su oficio de sanador y mis galletas milagrosas. No supe qué decir cuando me las pidió. Rara vez logré mezclar dulzura con franqueza; así pues, pisé el “Lo compro, lo vendo y lo curo todo menos el cáncer” de la puerta rota de su carromato, y le dije a voces que ella tendría que añadir a la palabra “cáncer” una lista demasiado larga.

Alba Nagua esparció las cenizas del Brujo de una sacudida; después, sin mediar palabra, se ensañó contra la caja de volcanes y sombrillas que yo tenía ahora, tantos años después, sobre las piernas, hoy sin espejo. El espejo se hizo añicos aquel día, contra las ruedas de la carreta. Nos hicimos añicos Alba y yo, y nuestro porvenir de curanderas. Ella nunca había sido tan impetuosa, ni yo tan cristalina. Sin poner ni quitar nada a lo que quería decir, le pregunté que quién iba a tragarse las galletas y los ensalmos de semejante santurrón y me atreví a confesar, finalmente, que yo encendí la yesca de la feria y que era yo, y no ella, quien le daba las órdenes al círculo. Después, ya sin arreglo, recogí la cajita del suelo, sacudí sobre la escarcha

del invierno las últimas cenizas y los últimos cristales y, tras arrancarle del dedo el anillo de papel de estraza, me subí al tren, llegué aquí, y guardé bien guardada, en el fondo del baúl, la caja del espejo.

Los gritos que los niños daban fuera me recordaron ahora las últimas palabras de Alba Nagua, corriendo tras el tren que me llevaba:

Ven a buscarme, por favor. Ven a buscarme.

Saqué la mano por la ventana de mi vagón y levanté el índice.

Sin esto, no funciona dije, mostrándole la alianza de papel.

¿Dónde estaría hoy Alba Nagua? Crispé los dedos y observé su firma, retorcida ahora en torno a mi anular. El círculo blanco parecía chillar debajo de la mano; diciéndome, quizás, que la ansiedad con la que había buscado algún calmante en el baúl era añoranza. Habían pasado muchos años desde la última vez que la receta del círculo de Alba me alimentó de poderes secretos, pero se hubiese convertido en sanadora o no ya sólo su amistad podría sanarme.

Ven a buscarme tú, guapa, que ahora soy yo quien lleva la alianza dije, mirando el redondel de cartulina, cuando me pareció que sus pendientes, su gargantilla y su brazaletes tintineaban con fuerza en mi salita.

Deseaba por desear que el sortilegio funcionase y que su voz, preguntando por mí, me devolviese la niñez recién perdida. Y así, aunque sabía que recobrarla no iba a ser tan fácil como encontrar dedales o calmantes, dejé en el suelo la caja del espejo, me levanté empujada por extrañas fuerzas, y miré hacia la puerta.

Entonces, sonó el timbre.

Salí del trance, sobresaltada. Estaban llamando, en efecto, y mi madre no me tocaba ahora. Me subí los tirantes de la bata, me sacudí las hebras, y descorrí el cerrojo con toda la rapidez que pude entresacar de mi apatía. Buscaba afuera algún apoyo para mis sentimientos descerrajados, pero estuve tan torpe saliendo, que caí del umbral y tropecé con la gitana del paraguas de cuadros y con el cubo que venía a que le llenase. Irrumpí en la acera con los ojos al bies, como una yegua indócil; tan fulgurante y deslumbrada, que le pisé las zapatillas a la otra y le arranqué el caldero de las manos.

¿Alba Nagua? pregunté con un hilo de voz, mientras luchaba entre caer y no caer.

Aún no estaba segura de si la había visto o la había dibujado en el amarillento círculo del sol, en los cuadros blancos y rojos de su paraguas y en la boca del cubo que rodaba.

¿Eres tú? preguntó, abriendo mucho los ojos. ¡Dios mío!, ¡qué casualidad!, venía a pedirte agua.

Dije que sí con un movimiento de cabeza que me agolpó suspiros en la boca. Yo era yo, y la coplera lunática que gastaba paraguas en días tan buenos no era otra que Alba, la niña que llegó a Zaranda con toda su familia el día en que confundí con cáncer mi primera regla.

Durante un instante, deslumbrada con el sol que había mirado, todo lo vi en negativo; todo lo blanco, negro; todo lo negro, blanco; excepto su

presencia milagrosa. Alba Nagua se había materializado, una vez más, en mi atmósfera asfixiante. Una vez más, el círculo blanco había sido mi salida; una ventana blanca del tamaño de un yoyó sobre el fondo negro de las cosas.

A ella sí la veía bien. No había perdido su dejo de verano, de cereal dorado, polvoriento, de soles compartidos, de saltamontes, de sementera, de hormigas aladas... Más que a las travesuras de algún sueño, su cara aún respondía al mismo dibujo que yo tracé en el círculo, de niña. Y parecía tan deslumbrada como yo. Contemplaba la espina de pez de mi bata de rayas agarrada de nuevo al asa del caldero; como si sin ella temiera perder las manos.

Su inspección me asustó un poco. ¿En qué círculo blanco me estaría dibujando?, ¿en el sol o en el pozo de cal de nuestra plaza? Seguramente que el día que le hice probar sorbetes del vertedero y que los tomé yo misma, con repugnancia coja, no habría imaginado que, hoy, iba a encontrarme con esta bata de palurda.

Por una vez, nos vemos sin que yo haya tenido que llamarte dijo Alba.

Alba Nagua. Alba Nagua lo dijo; lo susurró con los ojos atentos ahora a mis dedos, entrelazados también como una espina, y añadió cordial, como si fuera ella quien recibía visita:

Es la primera vez en muchos años que no te había pedido que vinieras.

Te lo he pedido yo le respondí, separando las manos.

Alba puso una mueca de alerta, pero su mirada era tan luminosa, que sus ojos, entornados, parecían espejos. A mí me lo parecieron mientras saqué de

mi dedo, herido por la aguja, la espiral de papel de estraza, y extendí frente a ella la vacilante caligrafía de cuando era niña.

Ven a buscarme suspiró, sin separar sus ojos de los míos, y me dio un abrazo que pegó a mi piel, además de su olor espiral a mondas de naranja, el aroma de una lluvia repentina que justificaba sus dotes hechiceras y su enorme paraguas de cuadros blancos.